



Cómo identificar a una iglesia saludable

Cómo Dios define
la grandeza en la iglesia

GENE
GETZ

La misión de Editorial Vida es ser la compañía líder en comunicación cristiana que satisfaga las necesidades de las personas, con recursos cuyo contenido glorifique a Jesucristo y promueva principios bíblicos.

CÓMO IDENTIFICAR UNA IGLESIA SALUDABLE

Edición en español publicada por
Editorial Vida – 2009
Miami, Florida

© 2009 Por Editorial Vida

Published by Moody Publishers.

THIS BOOK WAS FIRST PUBLISHED IN THE UNITED STATES BY NORTHFIELD PUBLISHING
820 N. LASALLE BLVD. CHICAGO, IL 60610. WITH THE TITLE: **THE MEASURE OF A
HEALTHY CHURCH.**
COPYRIGHT © 2007 BY GENE GETZ.

Previously titled “The Measure of a Church”. Translated by permission.

Traducción: *María J. Fraguela*

Edición: *Elizabeth Morris*

Diseño Interior: *Artserv*

Diseño cubierta: *Pablo Snyder*

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. A MENOS QUE SE INDIQUE LO CONTRARIO, EL TEXTO BÍBLICO SE TOMÓ DE LA SANTA BIBLIA NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL. © 1999 POR LA SOCIEDAD BÍBLICA INTERNACIONAL.

ISBN: 978-0-8297-5563-3

CATEGORÍA: Ministerio cristiano/Recursos Pastorales

IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA

09 10 11 12 13 14 ❖ 6 5 4 3 2 1

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	9
<i>Introducción:</i> <i>El éxito en el ministerio: ¿Cantidad o Calidad?</i>	11
1. El misterio de Dios revelado	17
2. La medida perfecta	33
3. Reflejar la gracia de Dios	49
4. Una trilogía divina	69
5. La fe que obra	87
6. La esperanza que perdura	105
7. El amor, la más excelente de ellas	123
8. Cómo medir a nuestros líderes	141
9. Cómo medir la adoración corporativa	157
10. Cómo medir tu iglesia	173
<i>Apéndice A: Uso de la palabra «Iglesia» (Ekklesia) en el Libro de los Hechos y en las Epístolas.</i>	185
<i>Apéndice B: Descripción de las iglesias locales participantes</i>	191
<i>Apéndice C: Una perspectiva cronológica de las cartas del Nuevo Testamento</i>	203
<i>Apéndice D: Una cronología de la vida de Pablo</i>	206

EL MISTERIO DE DIOS REVELADO

NUNCA OLVIDARÉ ESE MOMENTO, aunque sucedió hace casi cuarenta años. En 1968, durante la mitad de la Guerra de Vietnam y a la altura de un movimiento anti institucional que se completó con los hippies, el amor libre y la libertad de expresión, yo estaba enseñando en el Seminario Teológico de Dallas sobre el tema de la iglesia.

Como sucede normalmente, la tendencia cultural más grande había comenzando a derramarse sobre las subculturas de nuestra sociedad. Para mi sorpresa, lo que había capturado las mentes y los corazones de muchos jóvenes americanos estaba ahora penetrando dentro del cristianismo evangélico. Un estudiante del seminario hizo la pregunta: «¿Quién necesita la iglesia?»

Y luego el estudiante procedió a contestar su propia pregunta, por lo menos en parte, diciendo: «Quizá Dios va a pasar por alto la iglesia para llevar a cabo la Gran Comisión». Unos cuantos de sus compañeros de clase estuvieron de acuerdo, especialmente los relativamente nuevos cristianos que se habían convertido en los predios de la universidad.

Francamente no solo me sorprendí sino que más bien me quedé estupefacto, aunque fui capaz de mantener mi compostura. Con rapidez me di cuenta que yo no podía dar por sentado una comprensión clara de la eclesiológia bíblica ni siquiera en un seminario teológico. Como consecuencia hice la decisión de hacer algo que nunca había hecho antes ni hice después. A mitad del semestre le informé a los estudiantes que yo quería que ellos desestimaran el sílabo que había preparado para el curso, las metas, el bosquejo básico y las asignaciones. Les dije: «Vamos a regresar *al* sílabo» queriendo decir al Nuevo Testamento. Empezamos a explorar, comenzando con la Gran Comisión, cómo los discípulos de Jesucristo cumplieron con este mandamiento tal y como se registra en el libro de los Hechos y en las cartas del Nuevo Testamento. Más específicamente, nuestra meta era dar una fresca mirada al plan de Dios para la iglesia, entonces y ahora.

Esta fue una experiencia transformadora que cambió la vida de todos nosotros, incluyendo al profesor. De hecho, la decisión que hice ese día oportunamente me condujo a salir del aula del seminario como profesor a tiempo completo y a convertirme en un pastor plantador de iglesia.

EL GRAN MISTERIO DE LA IGLESIA

Después de cerca de cuatro décadas comenzando y pastoreando iglesias, permanezco muy emocionado acerca de este gran misterio que Dios ha revelado: su iglesia. Aunque la iglesia está «bajo fuego» y a menudo se la llama irrelevante, precisamente como era durante la época «anti institucional» en nuestra cultura, es todavía la esencia de la historia del Nuevo Testamento. Aunque lo que el Nuevo Testamento identifica como «la iglesia» se ha distorsionado a menudo desde el siglo primero hasta el día de hoy, las Escrituras declaran que este misterio y realidad gloriosa estaban presentes en la mente de Dios antes de que él creara al mundo (ver Efesios 1:4).

Para llevar adelante este plan divino dentro del marco del tiempo, Dios envió a su hijo Jesucristo para redimirnos con su sangre y para perdonar nuestros pecados (ver Efesios 1:7). Como resultado, algún día, quizá pronto, los creyentes a través de todos los tiempos se presentarán ante Cristo como su esposa perfecta. Qué momento glorioso será ese cuando celebremos el gran evento, las bodas del Cordero (ver Apocalipsis 19:7). En ese día maravilloso seremos como Cristo, «una iglesia radiante, son mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección, sino santa e intachable» (Efesios 5:27).

Mientras tanto, vivimos en el aquí y en el ahora. Por todo el mundo Dios

ha llamado a sus hijos e hijas a ser su «hechura, creados en Cristo Jesús para buenas obras» (Efesios 2:10). Estamos para reflejar su carácter, el cual es su justicia y su santidad.

Las Escrituras nos dan un criterio muy específico para evaluar hasta qué grado nosotros, como su pueblo, estamos creciendo a la «plena estatura de Cristo» (Efesios 4:13). Nuestro estudio en este libro se refiere a esta medida. Afortunadamente, la Palabra de Dios hace muy claro lo que es la imagen de Cristo, y con la ayuda de Dios podemos reflejar esa imagen en maneras maravillosas. Mientras más comprendamos el plan glorioso de Dios para la iglesia y mientras más nos involucremos en este proceso de crecimiento espiritual, ¡más emocionados llegaremos a estar acerca de la iglesia de Jesucristo! Yo sé que lo estoy, ¡y espero que tú también lo estarás!

Definición de la iglesia

Antes de que expongamos el plan de Dios para evaluar el nivel de madurez en una iglesia local, necesitamos definir el término «iglesia». En otras palabras, ¿qué es lo que estamos midiendo?

Es mi profunda convicción personal de que las principales fuentes para obtener esta comprensión son los libros del Nuevo Testamento. Por consiguiente, miremos con cuidado esta asombrosa colección de documentos históricos y lo que ellos declaran acerca de la revelación única de Dios que Pablo llamó el «misterio de Cristo» (Efesios 3:4). Cuando Pablo escribió «a los santos en Éfeso» (Efesios 1:1) y a las otras iglesias en Asia,¹ les recordó que este «Este *misterio*... no se les dio a conocer a los seres humanos, ahora se les ha revelado por el Espíritu a los santos apóstoles y profetas de Dios» (Efesios 3:5).

¿Cuál es este misterio? Pablo procedió a contestar esta pregunta, especialmente ya que algunos creyentes judíos tenían dificultad para comprender el plan divino de Dios. Quizá ellos tenían problemas para comprender este misterio ya que los gentiles estuvieron «excluidos de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Efesios 2:12). Pero ahora, Pablo insistía en que tanto los judíos como los gentiles eran «miembros de un mismo cuerpo y participantes igualmente de la promesa en Cristo Jesús» (Efesios 3:6; ver también 2:13-22).

Mientras que describía esta revelación asombrosa, es decir, este «misterio». Pablo mantenía un espíritu de gran humildad. En verdad, él se consideraba a sí mismo «el más insignificante de todos los santos» (Efesios 3:8), por causa de la manera en que había perseguido a los seguidores de Jesucristo (ver

1 Timoteo 1:12-14). Pero Dios lo llamó «a predicar a las naciones las incalculables riquezas de Cristo» (Efesios 3:8). Pablo nunca dejó de asombrarse de que, por la gracia de Dios, él hubiera sido escogido para proclamar este misterio, el cual enfatizó que había sido revelado y personificado en la iglesia.

La ekklesia de Dios

El término griego *ekklesia* aparece a través de todo el Nuevo Testamento para describir la iglesia. Jesús usó tres veces la palabra. Las otras cien o más veces se refieren tanto a los judíos como a los gentiles que habían respondido al evangelio y puesto su fe en el Señor Jesucristo para su salvación eterna. Además, el término se usó para describir tanto a la iglesia universal como a la iglesia local. (Ver el apéndice A para una lista completa de versículos que usan la palabra *ekklesia*.)

La iglesia universal

Los autores bíblicos usaron *ekklesia* aproximadamente veinte veces² para referirse a la iglesia universal, la cual podemos describir de dos maneras:

1. Todos los creyentes del siglo primero esparcidos a través del mundo romano.
2. Todos los creyentes de todos los tiempos que son miembros del cuerpo de Cristo.

Permítaseme ilustrarlo. Cuando Pablo escribió a los gálatas y a los corintios, él confesó que como no creyente él había «perseguido a la *iglesia* de Dios» (Gálatas 1:13; ver también 1 Corintios 15:9; Filipenses 3:6). Es obvio que Pablo se estaba refiriendo no solo a los creyentes en Jerusalén donde él comenzó su ataque a la iglesia sino a todos los seguidores de Cristo en el mundo romano. En su testimonio ante el rey Agripa, él dijo: «mi obsesión contra ellos me llevaba al extremo de perseguirlos incluso en ciudades del extranjero», aquellos que habían aceptado a Jesucristo como el verdadero Mesías (Hechos 26:11).

Sin embargo, Pablo no escribió exclusivamente acerca de la iglesia del siglo primero. El también incluyó a los cristianos a través de todas las edades. En Efesios, sus referencias a la iglesia ciertamente incluyen a creyentes que llegaron a ser parte del cuerpo de Cristo en cualquier tiempo desde Pentecostés hasta el momento en que se traslada a la iglesia del mundo. Por ejemplo, él escribió: «Dios sometió todas las cosas al dominio de Cristo, y lo dio como cabeza de todo a la iglesia. Ésta, que es su cuerpo, es la plenitud de aquel

que lo llena todo por completo» (Efesios 1:22-23; ver también 3:10-11, 20-21; 5:23-25, 27, 29, 32).

La iglesia local

Aunque los escritores bíblicos usaron el término *ekklesia* para referirse a todos los creyentes en Jesucristo, tanto durante un tiempo como a través de la era de la iglesia hasta la eternidad, en la mayoría de los casos (ochenta y dos para ser exactos) ellos usaron este término para referirse a los creyentes que vivían en localidades geográficas específicas. En otras palabras, aproximadamente 80 por ciento de las veces las palabras «iglesia» o «iglesias» se seleccionaron para referirse a lo que llamamos «iglesias locales» (véase el apéndice A).

Sin embargo, no debemos pensar en estas «iglesias locales» en términos de modelos estructurales contemporáneos. La mayoría de las veces los pasajes del Nuevo Testamento se relacionan a todos los creyentes profesantes en una ciudad o comunidad en particular. Por ejemplo, Lucas citó «la iglesia en Jerusalén» (Hechos 8:1) y «la iglesia en Antioquía» (Hechos 13:1). Al describir el primer viaje misionero de Pablo, Lucas hizo referencia a «cada iglesia» en «Listra, Iconio y Antioquía [de Pisidia]» (Hechos 14:21, 23).

En su segundo viaje misionero, Pablo escribió a «la *iglesia* de los *Tesalonicenses*» (1 Tesalonicenses 1:1). Sin embargo, Pablo pluralizó este término cuando se dirigió a «las *iglesias* en Galacia» (Gálatas 1:2). En la misma carta, él mencionó «las *iglesias* de Judea» (Gálatas 1:22). Y en su primera carta a los Corintios, él envió saludos de «las *iglesias* en la provincia de Asia» (1 Corintios 16:19). En su segunda carta a los Corintios, él usó «las *iglesias* de Macedonia» como un ejemplo de generosidad (2 Corintios 8:1).

En cada uno de estos versículos los escritores bíblicos nombraron congregaciones locales en distintas áreas geográficas, principalmente aldeas, pueblos o ciudades. Como en la actualidad, las iglesias en el siglo primero se establecieron en varios centros de población.

La palabra *ekklesia* significa literalmente una «asamblea» o «congregación» de personas. Sin embargo, los escritores del Nuevo Testamento usaron la palabra con más amplitud para describir a los cristianos ya sea que estuvieran reunidos para la adoración o esparcidos en un área, en sus hogares, en el trabajo, comprando, visitando a sus parientes o recreándose en el balneario local. También debemos recordar que los creyentes en una ciudad dada no podían reunirse como una comunidad ya que no tenían facilidades para congregarse, sino en sus hogares. No obstante, al conjunto de creyentes de una ciudad en particular se les llamó una iglesia.

EL DISEÑO DE DIOS PARA LAS RELACIONES DENTRO DE LA IGLESIA LOCAL

¿Qué clase de relaciones debieran existir entre los seguidores de Jesucristo? ¿Cómo debemos funcionar? ¿Cómo debemos ser ante los creyentes y ante los no creyentes? ¿Qué cualidades reflejan la madurez? Las respuestas a estas preguntas nos ayudarán a alcanzar nuestra meta: descubrir la medida verdadera de una iglesia local saludable.

Los escritores del Nuevo Testamento con mucha frecuencia describieron a los participantes de la iglesia local como *discípulos*, *hermanos*, y *santos* (ver el apéndice B). Al igual que con *ekklesia*, cada definición funcional da una nueva percepción del por qué se seleccionaron estos términos. Es claro que la iglesia está compuesta de personas que son seguidoras de Jesucristo, que tienen relaciones profundas unos con los otros, y que cada vez más reflejan quién es Dios cuando ellos manifiestan el fruto del Espíritu Santo.

Los discípulos

La palabra «discípulo» aparece treinta veces en los Hechos. En cada una de ellas describe a los verdaderos seguidores de Jesucristo. Además, cuando Lucas identificó a los creyentes como discípulos, él lo hizo así en el contexto de las iglesias locales, no de la iglesia universal (ver el apéndice A). De hecho, él usó el término «discípulo» intercambiándolo con el término «iglesias». Por ejemplo, cuando Pablo salió en su segundo viaje misionero, leemos que «él [Pablo] viajó por Siria y Cilicia, *consolidando a las iglesias*» (Hechos 15:41). Cuando salió en su tercer viaje misionero, Lucas informó que él «se fue a visitar una por una las congregaciones de Galacia y Frigia, *animando a todos los discípulos*» (Hechos 18:23). En otras palabras, en la mente de Pablo «las iglesias» *eran* «los discípulos». Ellos eran uno y lo mismo.

El registro de los Evangelios

Cuando Mateo, Marcos, Lucas y Juan escribieron los Evangelios, identificaron a los *discípulos* como a todos los que siguieron a Jesús y escucharon sus enseñanzas. La palabra griega básica para «discípulo», *mathetes*, significa «un aprendiz». Por eso este término se usa para describir a «los discípulos de Juan el Bautista» (Mateo 9:14), los «discípulos de los fariseos» (Marcos 2:18), y los «discípulos de Moisés» (Juan 9:28). A los que siguieron y escucharon la enseñanza de Jesús se les identificó como «los discípulos de Jesús».

Aunque un gran número de personas afirmaron ser aprendices de Jesús,

muchos de los así llamados discípulos le volvieron las espaldas al Salvador cuando sus demandas llegaron a ser demasiado grandes. Por ejemplo, después que Jesús multiplicó los panes y los peces para la enorme multitud que lo había seguido hasta la costa más lejana de Galilea, él retó a un grupo pequeño a que lo aceptara como el Pan de Vida. No todos aceptaron las nuevas. Algunos del pueblo se confundieron y se desilusionaron. Juan escribió que «muchos de sus *discípulos* le volvieron la espalda y ya no andaban con él» (Juan 6:66).

Entonces está claro, si contemplamos con cuidado a los discípulos de Jesús según los registros del Evangelio, descubrimos personas que nunca estuvieron totalmente entregadas a Cristo. De hecho, la mayoría solo fueron discípulos de nombre. Incluso los doce discípulos (los apóstoles) en su oportunidad abandonaron a Jesús. Por supuesto, Judas traicionó al Señor, pero los otros también fueron desleales, huyendo cuando arrestaron a Cristo (ver Mateo 26:56).

El libro de los Hechos

En Hechos, cuando encontramos a los que se les llama «discípulos», el término adquiere un significado mucho más amplio y profundo, y por dos razones muy importantes y relacionadas.

Primero, estos discípulos habían experimentado la presencia del Espíritu Santo. A medida que Lucas registra el resto de la historia en Hechos, ya Jesús ha completado su plan redentor. Pero muchos de sus seguidores pensaron que como Mesías, Jesús establecería un reino terrenal en Israel. En efecto, precisamente antes de que Jesús ascendiera al cielo desde el Monte de los Olivos, algunos preguntaron, «Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino a Israel?» (Hechos 1:6).

Su conocimiento limitado acerca de Jesús estaba por cambiar. Una vez que el Señor hubo ascendido, sus discípulos, que aproximadamente ascendían a 120, obedecieron el mandamiento de Jesús de esperar en Jerusalén (ver Hechos 1:4; 13-14). Luego, el día de Pentecostés, el Espíritu Santo descendió sobre ellos con poder.

Este grupo relativamente pequeño formó el núcleo de una iglesia que creció con rapidez. Como ocurre con todos los creyentes verdaderos, ellos se convirtieron en miembros de la iglesia universal, el cuerpo de Cristo.

Jesús les había dicho: «Juan bautizó con agua, pero dentro de pocos días ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo» (Hechos 1:5). Cuando se realizó este evento sobrenatural, ellos comenzaron a comprender por qué Jesús realmente había venido a este mundo.

Segundo, estos discípulos tenían la experiencia de un nuevo nacimiento.

Después de la ascensión de Cristo y la venida del Espíritu Santo, los apóstoles y los demás creyentes en Jerusalén comprendieron con mucha más claridad lo que ellos habían oído de labios de Jesús. En este punto, él no solo era su maestro y ellos sus aprendices, sino que también él era su Señor y Salvador. Ellos se convirtieron en sus discípulos de una manera mucho más significativa. La pequeña banda de creyentes nacidos de nuevo pronto se multiplicaron muchas veces cuando tres mil oyentes aceptaron el mensaje de Pedro el día de Pentecostés. Ellos pusieron su fe en el Señor Jesucristo y fueron bautizados (ver Hechos 2:41).³

No interpreten mal. No todos los que se unieron a este grupo en expansión se convirtieron de repente en dechados de fe, virtud y santidad. Pero incluso, entonces, como en cada iglesia en el día de hoy, algunos de esos discípulos maduraron rápidamente. A otros les tomó mucho más tiempo llegar a ser capaces de en verdad «vivir de una manera digna del llamamiento [que han] recibido (Efesios 4:1). Por eso Jesús comisionó a los apóstoles no solo a «hacer discípulos» (asegurar profesiones de fe verdaderas) sino también a enseñar a estos discípulos todas las cosas que él les había enseñado a ellos (ver Mateo 28:19-20). En otras palabras, lleva tiempo y esfuerzo producir discípulos maduros, dedicados y comprometidos que alcancen las normas de Dios individual y corporativamente, como esposo y esposa, como familias enteras y como un compañerismo local de creyentes. Esto se hace evidente con certeza en la historia de la iglesia según Lucas la escribe en los Hechos.

Hermanos

A medida que los apóstoles comenzaron a tomar en serio la Gran Comisión, se usó una palabra diferente para caracterizar a estos seguidores de Jesucristo. Además de llamárseles «discípulos», se les llamó «hermanos», un concepto al que los autores del Nuevo Testamento recurrieron con más frecuencia que cualquier otro cuando escribieron acerca de aquellos que llegaron a ser parte de la *ekklesia* de Dios (ver Hechos 20:28).

Genérico y específico

La palabra griega *adelphoi*, que se traduce como «hermanos», a menudo se usaba genéricamente para referirse tanto a los hermanos como a las hermanas en Cristo. Este doble significado aparece en muchos idiomas como por ejemplo en español, donde el término hermanos se puede usar para referirse exclusivamente a los hombres, o se puede usar para referirse tanto a hombres como a mujeres.⁴

Como hemos visto, la palabra *discípulos* solo aparece en Hechos. Sin embargo, *hermanos* se puede encontrar tanto en los Hechos como en muchos otros libros del Nuevo Testamento. A propósito, en los Hechos a los creyentes se les llamaron hermanos treinta y dos veces, que casi es la misma cantidad de veces que usan discípulos para referirse a ellos (ver el apéndice B).

Un término familiar único

Hermanos es un término muy íntimo. Es un concepto familiar que implica que los creyentes son parientes de carne y sangre. Sin embargo, cuando los hombres y las mujeres ponen su fe en Jesús y se convierten en sus discípulos, también llegan a ser «hermanos y hermanas en Cristo», nacidos de la simiente de Abraham (ver Génesis 12:2-3; Romanos 4:9-12). Mientras que Pablo declaró tanta claridad en su carta a los Romanos, Abraham «es padre de todos los que creen» (Romanos 4:11). Y en su carta a los Efesios, él escribió que cuando ponemos nuestra fe en Cristo, hemos nacido de nuevo a la familia eterna de Dios y nos convertimos en «miembros de la familia de Dios» (Efesios 2:19).

Santos

Otra palabra que se usó para describir a los miembros de la iglesia nacidos de nuevo es *santos* (de la palabra griega *hagios*). Este término aparece en el Nuevo Testamento cerca de cincuenta veces en este contexto relacional pero también se usó para describir al Espíritu de Dios. A él se le llama el Santo (hagios) Espíritu. Por consecuencia, cuando los escritores del Nuevo Testamento seleccionaron el término «santos», estaban describiendo a personas que eran «los santos» a la vista de Dios.

Por ejemplo, Pablo se dirigió a los corintios como santos (ver 2 Corintios 1:2), aunque la mayoría de ellos no estaban viviendo nada parecido a vidas piadosas (ver 1 Corintios 3:1-3). Pero por causa de su fe en Jesucristo y su experiencia verdadera de salvación, Dios los veía a través de la muerte y la resurrección de Cristo como perfectamente *hagios* o santos.

De esta manera es que Dios nos ve a cada uno de nosotros. Si él no lo hiciera así, ninguno de nosotros pudiera ser salvo. Por eso es tan importante la doctrina de la salvación por gracia por medio de la fe y no por obras. Ninguno de nosotros, por nuestra cuenta, puede vivir vidas perfectas que nos califiquen para ganar la entrada al reino eterno de Dios. Como Pablo les informó a los gálatas, nunca podremos ser salvos ni justificados por tratar de guardar la ley (ver Gálatas 2:16). Solo Jesucristo guardó la ley de Dios perfectamente, y por eso él es nuestro Salvador.

Sin embargo, aunque en esta vida no podremos alcanzar esa norma, todavía es la voluntad de Dios que todos lleguemos a ser santos como Dios es santo (ver 1 Pedro 1:15-16). Tenemos que renovar nuestras mentes de modo que «no se amolden al mundo actual, sino [sean] transformados» (Romanos 12:2). En otras palabras, librémonos de los actos pecaminosos de la carne y manifestemos el fruto del Santo Espíritu en todas nuestras relaciones (ver Gálatas 5:16-26).

PRINCIPIOS ORIENTADORES

PRINCIPIO 1. AL MEDIR UNA IGLESIA, *solo podemos evaluar el cuerpo local y visible de creyentes.*

La iglesia universal es una realidad maravillosa. En este momento existe en todas las partes del mundo y todos los creyentes, dondequiera que estén, son sus miembros. Sin embargo, como la *esposa de Cristo* (otro nombre para la iglesia universal), a todos los creyentes (de todos los tiempos) Dios los ha preparado para ese gran momento en que nos presenten al Señor en la cena de las bodas del Cordero (ver Apocalipsis 19:7-8).

Por supuesto, el Dios omnisciente puede medir la iglesia universal, ya sea en un momento en la historia, a través de toda la historia o en la eternidad. No obstante, desde el punto de vista humano, nosotros solo podemos medir lo que vemos y experimentamos. Por consiguiente, Dios nos ha dado muchas ilustraciones en el Nuevo Testamento para ayudarnos a medir nuestras propias iglesias locales, en cualquier parte que existamos en el mundo. Aunque las iglesias del primer siglo existieron en diferentes culturas bastante distantes a las nuestras, lo que leemos acerca de ellas nos ofrece poderosos principios orientadores que trascienden nuestros límites culturales. Por eso podemos identificar estos principios como «supraculturales».

PRINCIPIO 2. AL MEDIR UNA IGLESIA, *debemos evaluar las funciones, no las formas ni las estructuras.*

En la actualidad, las Escrituras nos dan muy poca información en cuanto a las formas en las iglesias del Nuevo Testamento. Esto es por designio divino. Si Dios hubiera hecho absolutas las estructuras de la iglesia, él hubiera encerrado a los creyentes dentro de una cultura en particular. Las funciones y los principios que Dios ordenó trascienden todas las culturas, y cuando

examinamos la manera en que están funcionando nuestras iglesias, entonces podemos evaluar si nuestras formas son apropiadas y adecuadas.

Cuando procedemos a tomar el pulso de una iglesia saludable, miramos específicamente las funciones que Dios ha bosquejado para las iglesias locales y cuáles de esas funciones pudieran dar frutos en términos de cristianos maduros. Los resultados de estas funciones, llevados a cabo adecuadamente, proveerán a cambio el criterio para medir nuestras iglesias locales en el siglo veintiuno. En esencia, estos criterios se convierten en los principios orientadores localizados al final de cada capítulo.

PRINCIPIO 3. AL MEDIR UNA IGLESIA, *debemos tener una amplia comprensión del discipulado bíblico.*

Los discípulos verdaderos no solo son aprendices o seguidores de un gran maestro moral nombrado Jesucristo. Son creyentes nacidos de nuevo que han puesto su fe en Jesucristo como Hijo de Dios y han experimentado la redención.

Esto no significa que los verdaderos discípulos sean discípulos maduros. Como Jesús lo ordenó, no estamos solo para «hacer discípulos en todas las naciones» sino que también estamos para enseñarles «que obedezcan todas las cosas» que él ha mandado (Mateo 28:19-20).

Lucas registró una hermosa ilustración de cómo se llevó a cabo la Gran Comisión. Pablo y Bernabé, en el primer viaje misionero, proclamaron la Palabra del Señor en Derbe y ganaron (literalmente «hicieron») un gran número de *discípulos*. Entonces Lucas hizo constar que ellos «regresaron a Listra, Iconio y Antioquía [donde también hicieron un gran número de discípulos]». Cuando de nuevo viajaron a través de estas ciudades, ellos estuvieron «*fortaleciendo* a los discípulos y *animándolos* a permanecer fieles a la fe» (Hechos 14:21-22).

PRINCIPIO 4. AL MEDIR UNA IGLESIA, *debemos evaluar hasta qué grado los verdaderos discípulos de esa iglesia están funcionando como una familia.*

La metáfora de la familia o casa nos retrotrae a la historia de la creación. Leemos que Dios dijo: «Hagamos al ser humano [humanidad] a nuestra imagen y semejanza» (Génesis 1:26). Stanley Grenz captó esta gran verdad cuando escribió:

El Dios que conocemos es el Triuno, el Padre, el Hijo y el Santo Espíritu unidos en perfecto amor. Debido a que Dios es «comunidad» —el compañerismo compartido entre el Padre, el Hijo y el Espíritu— la creación de la humanidad a la imagen divina debe relacionar a los humanos en un compañerismo de unos con otros. Solo los humanos que aman según la manera del amor perfecto, el cual yace en el corazón del Dios Triuno, pueden reflejar el mismo carácter de Dios.⁵

La relación que Adán y Eva disfrutaron fue posible porque *juntos* ellos pudieron experimentar el compañerismo que existía en la Trinidad eterna. Pero el pecado echó a perder esta relación hermosa y las relaciones que Dios intentaba para sus vástagos. La familia humana estuvo destinada al dolor, la tensión, el celo y todas las otras obras malas de la carne ya que el pecado de esta pareja se extendió a toda la raza humana (ver Romanos 5:12-14).

Pero Dios tenía un plan de restauración maravilloso. En el cumplimiento del tiempo, él envió a su Hijo al mundo. El «Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros» (Juan 1:14). Jesucristo murió por los pecados del mundo para que fuéramos capaces de volver a tener compañerismo con Dios y los unos con los otros.

Para que esto sucediera, él diseñó y desplegó un misterio maravilloso, la iglesia, un grupo de discípulos que fueran no solo aprendices nacidos de nuevo sino hermanos y hermanas en Cristo que formaran un cuerpo, sin tener en cuenta nuestro género o nuestro origen étnico y económico. Estamos hechos para ser una familia, la familia de Dios.

¿Cómo ocurre esto?, pregunta Grenz en su libro *Created for Community*. Su respuesta captura la esencia del verdadero compañerismo y comunidad:

El Santo Espíritu es el único que nos transforma de una colección de individuos en un pueblo en compañerismo. En la conversión, él nos saca del aislamiento y de la alienación.

Al hacerlo así, él nos entreteje como un pueblo. Verdaderamente, allí surge entre nosotros una singularidad que no es nada menos que la unidad del mismo Espíritu.

(ver Efesios 4:3).⁶

PRINCIPIO 5. AL MEDIR UNA IGLESIA, *debemos evaluar hasta qué grado los creyentes reflejan el fruto del Espíritu en sus relaciones los unos con los otros.*

Cuando Pablo escribió «a las iglesias de Galacia» (Gálatas 1:2), nos dio un criterio muy amplio para medir la santidad en una comunidad local de creyentes. Debemos considerar el grado por el cual nosotros reflejamos el fruto del Santo Espíritu, el cual, de acuerdo con Pablo «es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio» (Gálatas 5:22-23).

El apóstol estaba contrastando estas cualidades semejantes a Cristo con los «actos de naturaleza pecaminosa», que él resume como «inmoralidad sexual, impureza y libertinaje; idolatría y brujería; odio, discordia, celos, arrebatos de ira, rivalidades, disensiones, sectarismos y envidia, borracheras, orgías, y otras cosas parecidas» (Gálatas 5:19-21).

Observa dos cosas importantes acerca de este pasaje: Primero, en esencia Pablo estaba contrastando la vida santa con la vida impía. Debemos recordar que con frecuencia se identifica a la tercera persona de la Divinidad como el Espíritu Santo (*hagios*), y aquí Pablo estaba describiendo aquellas cualidades que reflejan el poder y la presencia de Dios en nuestras vidas una vez que hemos sido «bautizados por un solo Espíritu para constituir un solo cuerpo» (1 Corintios 12:13).

Segundo, las mismas cualidades que reflejan la santidad de Dios son, en su mayor parte, relacionales en sus consecuencias. No son sentimientos que fluyen de las vidas de los creyentes individuales, si cada uno de nosotros está «lleno con el Espíritu». Más bien, cuando *como un cuerpo local de creyentes* «vivimos por el Espíritu» (Gálatas 5:16) y «andamos guiados por el Espíritu» (Gálatas 5:25), entonces, nos amaremos los unos a los otros. Mientras lo hacemos, experimentaremos gozo, paz, unidad y singularidad. En nuestras relaciones demostraremos paciencia y amabilidad. Nos trataremos unos a otros con bondad, fidelidad, gentileza y dominio propio. Este es el fruto del Espíritu Santo.

En contraste, las personas que viven vidas carnales a menudo reflejarán en sus relaciones los actos de la naturaleza pecaminosa, tales como inmoralidad sexual, impureza y disipación. Antes de amarse unos a los otros y demostrar paciencia y bondad que conduce a la paz, a la unidad y a la singularidad, habrán actos de «odio, discordia, celos», y hasta «ataques de furia». Habrá «ambición egoísta, disensión, facciones y envidia». Como veremos en el ca-

pítulo 4, los corintios representaban a una iglesia que no estaba reflejando el «fruto del Espíritu» sino más bien los «actos de la naturaleza pecaminosa».

Por desgracia, la naturaleza *corporativa* de estos contrastes en la carta de Pablo a las iglesias de Galacia a menudo se ha pasado por alto e incluso se ha mal interpretado.⁷ Estamos tentados a individualizar las directivas de Pablo, las que a menudo nos han conducido a «emocionalizar» el fruto del Espíritu. Esto puede llevarnos a falsas expectativas e incluso a la desilusión en nuestras experiencias personales. Sin embargo, cuando comprendemos el foco relacional y comunal que Pablo tenía en la mente, tenemos un cuadro más claro y podemos evaluar mejor el cuerpo local de creyentes. Podemos discernir si la banda de creyentes demuestra *el fruto del Espíritu Santo* o los actos de la naturaleza pecaminosa. En esencia, las cualidades positivas son una reflexión de la santidad de Dios, y como santos debemos llegar a conformarnos más y más a la imagen de Jesucristo. Esto es ciertamente lo que Pedro pensaba cuando exhortó a los cristianos a ser santos porque Dios es santo (ver 1 Pedro 1:15).

PARA PENSAR Y CRECER JUNTOS

Cuando abordes esta asignación, cuídate de venir con una actitud no crítica. Para evitar el juzgar a otros, inclúyete en esta evaluación. ¿Hasta qué punto eres *tú* un cristiano maduro?

- ⇒ Mientras observas las funciones totales y la conducta de los creyentes en tu iglesia, ¿hasta qué punto están ellos convirtiéndose en discípulos maduros, hombres y mujeres que están *creciendo* en su conocimiento de la Palabra de Dios y *obedeciendo* todo lo que Jesús les ha enseñado?
- ⇒ ¿Hasta qué punto están los creyentes en tu iglesia operando como una familia amante, unificada, «amándose los unos a los otros con amor fraternal» (Romanos 12:10)? Para ayudarte a realizar este ejercicio, mira específicamente las demás directivas «uno al otro» que se bosquejan en el capítulo 7, páginas 137-138.

⇒ ¿Hasta qué punto están los creyentes en tu iglesia reflejando el fruto del Espíritu en todas sus relaciones? En otras palabras, ¿hasta qué punto son «santos» reflejando cada vez más la justicia y la vida santa de Jesucristo?

NOTAS

1. La frase «a los santos en Éfeso» no aparece en los manuscritos griegos más antiguos. Probablemente se añadió más tarde ya que fue en Éfeso donde comenzó el alcance más extenso de Pablo al Asia. Durante sus dos años de ministerio en la escuela de Tirano, Lucas registró que «todos los judíos y los griegos que vivían en la provincia de Asia llegaron a escuchar la palabra del Señor» (Hechos 19:10). Por eso la carta de Pablo a los Efesios a menudo se clasifica como una carta circular. Sin duda alguna se leyó primero a la iglesia en Éfeso y luego en otras iglesias tales como las de Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea, las cuales el apóstol Juan más tarde identifica como las «siete iglesias en la provincia de Asia» (Apocalipsis 1:4). Esto también explica por qué Pablo identificó la iglesia en un sentido universal en esta carta a los Efesios en lugar de en un sentido local.
2. Usé el término «aproximadamente» ya que a veces es difícil diferenciar si los autores de las Escrituras estaban usando *ekklesia* para referirse a la iglesia universal o a la iglesia local. Sin embargo, como notarás en el apéndice A, en la mayoría de los casos está muy claro.
3. Es difícil decir cuándo los once apóstoles y los otros en la pequeña banda de discípulos llegaron a ser creyentes nacidos de nuevo. Para los apóstoles, ¿eso fue cuando Jesús «sopló sobre ellos y les dijo: Reciban el Espíritu Santo»? (Juan 20:23). Tomás, que estaba ausente cuando Jesús dijo esto, llegó a ser un verdadero discípulo después que vio las cicatrices de los clavos en las manos de Jesús y la herida en su costado y confesó: «¡Señor mío y Dios mío!» (Juan 20:28). Solo Dios sabe las respuestas a estas preguntas. Una cosa es segura: el día de Pentecostés definitivamente ellos eran verdaderos discípulos.
4. Para un estudio esclarecedor, consulta las referencias a «hermanos» en el apéndice B. Nota el contexto e intenta discernir cuándo se usan estas

referencias genéricas para referirse a ambos «hermanos» y «hermanas» en Cristo.

5. Stanley J., Grenz, *Created for Community*, Baker, Grand Rapids, 1998, p. 80.
6. *Ibid.*, p. 214.
7. La carta de Pablo se dirigió «a las iglesias de Galacia» (Gálatas 1-2) esto es, *comunidades* de creyentes. Pablo continuó este énfasis corporativo al usar la segunda persona del plural en el texto griego a través de todo este pasaje que acabamos de examinar. «No *uséis* la libertad [en tus relaciones] como ocasión para la carne», escribió Pablo. El continuó «sino *servíos* por amor *los unos a los otros*» (Gálatas 5:13, RVR) Para llevar adelante este directiva corporativa, debemos «*vivir* por el Espíritu» en todas nuestras relaciones. Y si «vivimos por el Espíritu», debemos «andar también por el Espíritu». Y si «andamos por el Espíritu», no «dejemos que la vanidad nos lleve a irritarnos y a envidiarnos *unos a otros* (Gálatas 5:25-26).

Nos agradecería recibir noticias tuyas.
Por favor, envíe sus comentarios sobre este libro
a la dirección que aparece a continuación.
Muchas gracias.



vida@zondervan.com
www.editorialvida.com